

Cuando Reagan parte en cruzada contra la URSS, lo hace esgrimiendo la razón de que es la URSS la que altera las condiciones de vida del tercer mundo, la que mete dentro de su cuerpo el espíritu revolucionario. No es cierto. Las revoluciones del tercer mundo, que tienen dos focos especialmente visibles —el Irán y desde él la fe islámica y el nacionalismo árabe; Centroamérica, y un impulso de los menesterosos de todo el continente— surgen por necesidades vitales, como todas las revoluciones. La Unión Soviética ayuda a sostenerlas, por sus intereses de gran potencia más que por su ideología; pero si no tuvieran un impulso real, unas «condiciones objetivas» revolucionarias —como se dice en la jerga marxista— no habría tales revoluciones. El sistema de Reagan es lo suficientemente inteligente —aunque sin exageración— para comprenderlo así; pero también para saber que una política de fuerza para restañar esas heridas por donde mana y se despilfarra el material que necesita podría provocar una acción soviética. Todo el movimiento de este año, desde enero a diciembre, consiste en advertir a la URSS que debe permanecer inactiva suceda lo que suceda en la intervención de Estados Unidos en el tercer mundo. No es algo que la URSS pueda no escuchar. La URSS está condenada en estos momentos a la negociación, a la concesión o a la guerra. Conserva suficiente fuerza para la guerra mundial; no tiene, sin embargo, fuerza moral, ni aliados, ni



El año 1981 ha sido un año difícil, de enfrentamientos, de crisis. En la foto: misiles polacos en un desfile militar en Varsovia.

amigos. La resurrección del pasado por parte de Reagan obedece a circunstancias que le son favorables: en el pasado, con la Unión Soviética dirigida por el hierro de Stalin y con su bomba atómica recién descubierta, con la movilización general del país, después de la guerra ganada, con la expansión a que le daba el reparto de Yalta y con la solidaridad de unas izquierdas mundiales que creían que habían ganado la guerra —grave error del que pronto saldrían— por haber vencido a Hitler y a Mussolini, no cabía la amenaza. Con la Unión Soviética maltrecha de hoy, la amenaza

puede compensar. O producir la guerra mundial...

Frente a esta posibilidad de guerra mundial ha resucitado otro fenómeno antiguo: el pacifismo. En los años cincuenta, cuando estaba en su auge la guerra fría, hubo importantes movimientos pacifistas, y manifestaciones contra la OTAN en toda Europa. Con la coexistencia, se habían acallado. Brotan de nuevo. Con una fuerza que ya no es sólo la de unos centenares de miles de personas en las calles y plazas de Europa, sino la de un electorado que presiona sobre sus políticos. Reagan ha cometido un nuevo

APUNTANDO A LA CABEZA

APUNTANDO A LA CABEZA

JUAN ALDEBARAN

L

A palabra «terrorismo» es uno de los grandes engaños semánticos de nuestro tiempo. Envuelve sucesos de muy distinta índole, causas justas con causas injustas, procedimientos diversos. La comunidad entre todos estos sucesos es que se realizan con violencia y con muertes, muchas veces de inocentes; y que esto es enteramente repudiable.

En principio, no se puede ver razón ninguna para separar, en un país como el Irán —como paradigma extremo de la situación— entre el terrorismo de Estado, con sus fusilamientos diarios y sus castigos atroces para los desviacionistas, y los actos de éstos volando por los aires a los terroristas adversos, a los *ayatollahs* de la clase dominante. Dentro de esta política de la violencia y el crimen, tres hechos singulares han sucedido durante el año: tres atentados que apuntaban a las cabezas de serie de unas tendencias. Contra Reagan, contra el Papa Wojtyla, contra Sadat. Sólo este último fue coronado por el éxito, y aún no se sabe hasta qué punto habrá cambiado la política de Egipto. El de Reagan se atribuye a un loco aislado, el del Papa a un turco extraño... Reagan sigue siendo el

mismo, el Papa parece haber reducido algo su actividad, y últimamente ha declarado algo trascendental: que en el otro mundo seguirá habiendo separación de sexos, aunque no actividad sexual. No es lógico atribuir este pensamiento o esta averiguación a un estado central producido por el salvaje atentado que le tuvo a la puerta de la muerte; podría parecer que había ido más allá de esa puerta, había visto algo interesante —tan interesante como para resolver la vieja disputa sobre el sexo de los ángeles, en la que se entretuvo Bizancio mientras sus enemigos invadían— y le ha alejado un poco de los asuntos políticos del mundo. Aunque se siga ocupando preferentemente de Polonia.

Lo importante de estos atentados, con o sin resolución final, es la confirmación de que ya no hay nadie invulnerable: que todos los sistemas policíacos de prevención, desde los cerebros electrónicos que almacenan fichas a los «gorilas» que interponen su cuerpo ante el del personaje, son insuficientes. Confirman que lo que pasó con Kennedy no fue una excepción. Los que disparan lo hacen, ahora, a la cabeza: a la cabeza de las naciones, de las tendencias políticas, de las ideologías. Es un factor que tuvo su valor en el mundo antiguo —recordemos a César— y que no ha sido resuelto en el mundo contemporáneo.